



TRAS LAS HUELLAS DE Scott

MÁS QUE UN HOGAR

Hasta la mítica Abbotsford llegan miles de viajeros con el objetivo de pasar un rato en las estancias en las que Scott perfeccionó algunas de sus obras.

*Héroes de leyenda como Rob Roy McGregor, lagos brumosos jalonados por castillos, magníficas abadías y montañas majestuosas. Hacía siglos que los tesoros de **ESCOCIA** y su poso mítico la habían convertido en un lugar magnético. Pero entonces apareció el genio del escritor Sir Walter Scott para, con su pluma, convertirla en lo que es hoy: un destino con vocación de ensoñación literaria que no deja de inspirar.*

TEXTO DE DAVID REVELLES. FOTOGRAFÍAS DE FÉLIX LORENZO

“NO, NO HAY ASCENSOR”, responde el funcionario con una media sonrisa burlona cuando le lanzo una pregunta con visos de haber respondido un millón de veces. “Solo son 287 escalones y, además, subir el Scott’s Monument es bueno para el cuerpo y el alma: mejora la salud cardiovascular y permite conocer nuestra ciudad de forma singular”, argumenta desde su minúscula garita tapizada de postales de Edimburgo y miniaturas del monumento con el que los escoceses honraron a su novelista más universal, Sir Walter Scott (1771-1832). Tras la ascensión, la panorámica de 360° que brindan los 61 metros de altura de la aguja gótica es sublime. Los transeúntes de Princes Street, camino del trabajo o de la estación de tren de Waverley –título de la primera novela de Scott con la que inauguró el movimiento romántico– parecen hormigas hiperactivas. Ninguna atalaya como esta para sellar el objetivo de mi viaje: descubrir la Escocia que inspiró a Scott y que, con sus poemas y novelas, proyectó al mundo con una estampa magnética, feraz y noble. Y, sin embargo, ese recorrido por el reino del ‘genio del norte’ no tendría Edimburgo como principal escenario. Nacido en la Old Town, sus huellas son constantes en la capital, pero este no fue el gran escenario de sus arquitecturas literarias. Ese lugar de inspiración y creatividad se materializa en otras dos regiones: los Borders, donde vivió

gran parte de su vida, y The Trossachs & Loch Lomond, la franja de tierra al norte de Glasgow que convirtió en un paisaje de leyenda con dos de sus obras maestras.

Desde Edimburgo, la A7 salva en una hora los 60 km que separan la capital del corazón de los Borders. Ese fue el camino que durante años realizó Scott al ejercer de *sheriff* en el condado de Selkirkshire, cargo que ostentaría hasta sus últimos años de vida. Lo leo en un viejo ejemplar de la biografía de Scott escrita en 1954 por Hesketh Pearson y que me acompañará como una brújula durante el viaje. Tras dejar atrás un cartel despidiendo el concejo de Midlothian, otro da la bienvenida a los Borders. Justo entonces el sol desapareció tras una espesa niebla. Es uno de esos sortilegios que gasta la climatología escocesa. Pero algo más. Detrás de ese cortinaje se abría otra Escocia. “Los habitantes de los Borders no son ni ingleses ni escoceses, son borders”, me había advertido Ian, el taxista que me había recogido en el aeropuerto. No le faltaba razón. Situadas al sureste del país, las tierras de frontera entre Escocia e Inglaterra fueron durante la Edad Media y hasta el siglo XVIII el escenario de cruentas batallas y saqueos. El convulso yunque donde se forjó el reino de Escocia.

Ian no necesitó más que diez minutos para exponer una clase magistral de politología ‘scottish’ con los resultados del histórico referéndum del 18 de septiembre de 2014 aún latente. “¿Sabían que, de las 32 circunscripciones del país, Scottish Borders fue la segunda con más votos, un 66%, al no a la secesión?”. “¿Y qué habría votado Walter Scott?”, pregunto. Responde sin pestañear: “El baronet –explica refiriéndose al escritor con el título nobiliario que recibió del rey Jorge IV– seguro que habría votado no a la independencia. Todo lo contrario de Robert Burns. ¡Ese sí que era un poeta y un patriota escocés!”.

El pueblo de Melrose aparece ante nosotros. La niebla se ha disipado, por lo que nos encaminamos a la mítica Abbotsford, la casa de Scott y su familia desde 1812. O “la Dalila de mi imaginación”, como la llamaba él. “De-seaba instalarme donde pudiese escupir dentro del [río] Tweed, sin lo cual no creo que hubiese podido ser feliz en ninguna parte”, confesó a un amigo. Abbotsford rezuma el perfume de la literatura. Mientras deambulo por la biblioteca me embeleso con el artesonado de madera de

ENTRE TWEED Y PIEDRAS CENTENARIAS
1. Abadía de Dryburgh, a orillas del río Tweed.
2. En Melrose, con el típico kilt escocés, una falda que visten los hombres ya solo en ocasiones especiales.
3. El cetrero Stewart Miller junto al buho Whizzer, frente a Abbotsford, donde los viajeros norteamericanos disfrutan de la cetrería, una actividad muy solicitada en Escocia. **4.** Idílicas vistas desde Traquair House, la casa señorial habitada más antigua de Escocia, debido a que en ella vive la 21 Lady of Traquair.



1



2



3



4



PUENTE A OTRA ÉPOCA La espectacular naturaleza, los puentes antiguos y los edificios históricos han convertido a la ciudad de Peebles, en Scottish Borders, en una de las poblaciones del sur de Escocia más visitadas debido a su cercanía con la frontera inglesa.



PAISAJE DE OTRO MUNDO
Vista panorámica desde Scott's View, la favorita del novelista, un mirador desde el que contemplar cómo la luz de los Borders propicia que los colores del entorno muten.

su techo, imitación del estilo de la Rosslyn Chapel. En la sala contigua, panoplias, trofeos y reliquias crean una suerte de *horror vacui*. En la Drawing Room, un retrato de Scott junto a uno de sus perros, Camp, acapara mi atención. “Ese bull-terrier le acompañó durante años en sus excursiones por los Borders. Lo quería como a uno de sus hijos”, explica Peppa, mi guía en la casa. Junto al escritorio del baronet, unos ojos feroces enmarcados por una cabellera pelirroja me fulminan desde un retrato colgado en la pared. Es Rob Roy McGregor (1671-1734), el bandolero que Scott convirtió en mito literario con su novela homónima y cuyas andanzas en *The Trossachs* inspiraban parte de mi viaje.

“SI SIGUES LAS HUELLAS DE SCOTT DEBES IR A LA MEDIEVAL TORRE DE SMAILHOLM. PERO ANTES, ¡HAZ UNA PARADA EN LAS CARRERAS DE CABALLOS DE KELSO!”.

“Fue tal la pasión de Scott por Abbotsford que, tras su descalabro como editor en 1826, escribió hasta la extenuación para no desprenderse de ella”, explica Peppa. El novelista murió el 21 de septiembre de 1832. “Antes de expirar mandó que lo llevaran cerca del ventanal del comedor para poder escuchar su amado Tweed”, recuerda.

Ya en Melrose, contemplo las piedras bermejas de la abadía cisterciense que Scott hizo célebre con los versos de *La balada del último trovador* (1805). Y lo hago con el quejido de las gaitas que convocan a los algo más de 2.000 habitantes de la villa. “Celebramos el Remembrance Day, en recuerdo por la muerte de nuestros soldados en la Primera Guerra Mundial”, me explica Gerry Graham, el líder de la banda de gaiteros con su mazo de plata apoyado en el hombro. Esa manifestación popular es un regalo del azar para pulsar los códigos ancestrales de los Borders. Porque en Marquet Square, todas las fuerzas vivas del pueblo se dan cita para insertarse en una silenciosa hilera. Parece una película ‘scottish’ de Berlanga: el cura, el alcalde, los profesores de la escuela, los veteranos de guerra... hasta los *boy scouts* crean una jerárquica comitiva que enfila en silencio el camino hacia la iglesia al compás de *Scotland the Brave*. Metáfora moderna del *status quo* de un clan escocés.

Esa imagen me acompaña hasta las ruinas de Dryburgh Abbey. Fundada en 1150 a orillas del Tweed, entre sus muros raídos por

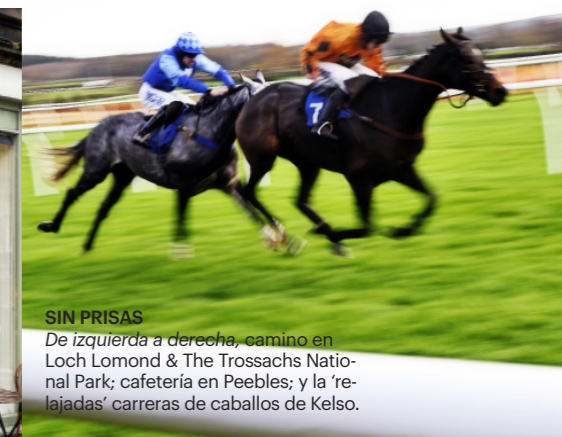
el tiempo se encuentra la tumba de Sir Walter Scott. No muy lejos, una carreterita empinada nos lleva hasta Scott’s View, la vista favorita del novelista. Una emotiva panorámica sobre los meandros del Tweed y las Eildon Hills se extiende a nuestros pies. Cuentan las crónicas que, junto al mirador que invita a contemplar cómo muta el paisaje de los Borders, se pararon los caballos que tiraban del coche fúnebre con su fêretro. Habían hecho decenas de veces junto a su amo el trayecto desde Abbotsford hasta Dryburgh, así que nadie tuvo que ordenárselo. Ese fue su postrero tributo.

Tras hacer noche en el excepcional The Roxburghe Hotel, el desayuno a base de huevos benedictinos y *haggis*, el célebre embutido escocés, auguraba un buen día. En la mesa contigua, Ben, un cazador que hace acopio de energías junto a su cuadrilla antes de salir al monte, me incita con dos propuestas: “Si sigues las huellas de Scott debes ir a la torre de Smailholm. Pero antes, ¡haz una parada en las carreras de caballos de Kelso!”. Hay pocos rituales más sacrosantos en los Borders y que permitan conocer el talante de sus habitantes que una mañana en uno de sus hipódromos, donde constatar su apasionada relación con los caballos. “No es extraño. Aquí, desde el siglo XIII estuvimos sometidos a saqueos e incursiones procedentes del norte de Inglaterra, por lo que la gente tuvo que acostumbrarse a defender sus posesiones y vidas con marchas a caballo”, explica Trish Spours, gerente del hipódromo. Eso justificaría el porqué de los Commom Ridings, recorridos a caballo que los pueblos de la región hacen cada verano. Buceo en la geografía humana que puebla la explanada trufada de tenderetes de casas de apuestas. Ahí se da cita un torrente abigarrado de apostantes, curiosos, propietarios de caballos y tipos difíciles de categorizar. Scott habría alumbrado con esos mimbres una buena historia. Además, esto no es Ascot y, por tanto, pamelas y tocados para tomar el cóctel o el *champagne* no marcan la etiqueta; aquí el rey es el *tweed*, el tejido de lana áspera y resistente nacido junto al río Tweed, tan caudaloso como los hectolitros de cerveza que hidratan el vocerío en dialecto border.

Tras un frugal *lunch* en el Terrace Café de Floor Castle releo la biografía de Pearson. Pocas veces una enfermedad, en este caso la polio, fue tan decisiva en un despertar literario. En 1773, tras afectar a su pierna derecha y dejarle cojo de por vida, Scott fue enviado a la granja de su abuelo, a Sandyknowe, junto a la torre medieval de Smailholm. “Allí, cada montaña tenía su fábula, cada valle



DONDE RESIDE LA HISTORIA ESCOCESA
En Traquair House se alojó María Estuardo en 1566. Y ahí sigue la cama donde durmió la legendaria Reina de los Escoceses y la cuna que acogió a su hijo, el futuro Jacobo I, rey de Inglaterra y de Escocia. También fue refugio del cura que los Stuart de Traquair, quien de forma clandestina se encargaba de atender a la comunidad católica. A día de hoy está habitado por Catherine Maxwell Stuart, la 21 Lady of Traquair.



SIN PRISAS
De izquierda a derecha, camino en Loch Lomond & The Trossachs National Park; cafetería en Peebles; y la ‘relejadas’ carreras de caballos de Kelso.



SENTIMIENTO SCOTTISH
Arriba, Neidpath Castle (siglo XIV), en Peebles. Derecha, antigua Iglesia parroquial de Peebles. Abajo, ejemplar de vaca de las Tierras Altas, una raza bovina autóctona.



LOS SABORES DE LA TIERRA
Arriba, bar de Cameron House, el mejor hotel de la región. Abajo, el cocinero David Maskell, The Roxburghe Hotel, junto a Ben, un cazador que muestra con orgullo sus presas del día.





**MANSIÓN DE
ENSUEÑO**

Con vista al río Tweed,
la mansión Abbots-
ford, hogar de Walter
Scott, conserva los
objetos que le inspira-
ron. También posee un
restaurante y jardines
por los que pasear.

su leyenda, cada río su canción –recuerda Pearson– y en los años venideros el niño cojo que miraba extasiado desde los peñascos pagaría su deuda con Sandyknowe haciendo de Escocia un país novelesco”. Y allí estaba yo, pisando el kilómetro 0 de un genio con un brioso sol centelleando en las rocas mohosas de Smailholm. No me resisto a conocer al actual propietario de la granja. “No, mi familia no tiene ningún parentesco con él”, responde Michel. Le pregunto sobre el trabajo en una granja tan especial, testigo de razas implacables. “Hoy ya no llegan cuadrillas de rateros, pero los precios por los suelos de la leche y la falta de ayudas de la UE continúan con la tradición de esta tierra”, escupe con flema *made in Borders*.

Desde Kelso la carretera A23 discurre entre colinas moteadas de ovejas Border Cheviot y bosques. Es la frontera de la frontera. Aquí aún late con fuerza la historia de los Borders. De recordarlo se encarga Traquair House, antiguo pabellón real de caza y bastión católico durante 500 años. “La historia de Escocia y de los Borders está escrita en estas reliquias, en los muros de esta casa”, afirma una voz templada de mujer a mis espaldas. Es menuda, rubia y con unos luminosos ojos azules. “Buenos días, soy Catherine Maxwell Stuart”, se presenta. No es una guía cualquiera: es la 21 Lady of Traquair, aristócrata que al vivir con su familia aquí la perpetúa como la casa señorial habitada más antigua de Escocia.

Caminar por sus estancias es como pisar una lección de historia. Cuando no una retahíla de sorpresas. Ahí están sus pasadizos y puertas secretos para demostrarlo, esos que Scott, amigo íntimo de su propietaria en el siglo XIX, Lady Louisa Stuart, conocía a la perfección. “La casa es el modelo del Place of Tullyveolan en la novela *Waverley* y de Shaw’s Castle en *St. Rona’n Well*”, confirma la aristócrata mientras nos lleva hasta otro cuarto. “Sirvió de capilla secreta desde finales del XVII y de vivienda para

EL LOCH LUBNAIG, EL PRIMER ESLABÓN DE LA SCOTTISH SCENIC ROUTES, ME RECIBE EN TODO SU ESPLENDOR. LA CIMA DEL BEN LEDI SE RECORTA EN EL CIELO.

el cura que los Stuart de Traquair, de forma clandestina, tenían alojado para que atendiera a la comunidad católica”, recuerda. “¿Y si alguien le delataba?”, pregunto. “En los Borders siempre había que tener un plan B”, responde mientras empuja la estantería llena de libros. Una escalera secreta se abre ante nuestros ojos. “Si llegaban anti-católicos, tenía tiempo para escapar”, afirma con una sonrisa. Esa tarde, mientras camino por el jardín japonés junto al Scobo Hotel, un frío gélido llega junto a unas negruzcas nubes. Decido zambullirme en la calidez de su balneario, donde recuerdo la lección de la 21 Lady of Traquair: en los Borders siempre hay que tener un plan alternativo.

Con una recopilación de Alasdair Fraser, el Mozart del violín tradicional escocés, repitiéndose en el coche como un mantra, The Trossachs –la región cuya belleza

poética inspiró a Scott como pocas y que este convirtió en el primer gran destino literario y turístico de Europa– aparece sin más. “País tosco”, significa en gaélico Trossachs, lo que demuestra su esencia y justifica que, desde 2002, gran parte de la zona fuera designada como el Loch Lomond and The Trossachs National Park, el primer parque nacional del país.

Igual que hiciera Scott cuando sus obligaciones de leguleyo le trajeron varios veranos hasta esta parte de la “Caledonia, dura y salvaje”, como la definió, descubro su belleza sin ambages. Siguiendo la carretera A84, el Loch Lubnaig, el primer eslabón de la Scottish Scenic Routes, me recibe en todo su esplendor. La cima del Ben Ledi (879 m), parda como el lomo de un bisonte, se recorta en el cielo. Haciendo camino hacia el sur, me adentro en los dominios de Cameron House, sin duda, el mejor alojamiento posible gracias a su restaurante y a su campo de golf. Aunque desde el ventanal de mi habitación descubro su verdadero lujo: el Loch Lomond, el mayor lago de agua dulce de Gran Bretaña, desparramándose entre montañas majestuosas.

A la mañana siguiente, un inesperado cielo despojado de nubes convierte las aguas del lago en la mejor pista de despegue de Escocia. “Descubrir esta parte del país a vuelo de pájaro en un día como este es una experiencia que no se olvida en la vida”, afirma rotundo Eric Malan, de Loch Lomond Seaplanes, junto a su aeroplano amarillo. A ras de tierra tampoco faltan alternativas: el Lomond es un paraíso tanto para los senderistas que siguen la West Highland Way como para los apasionados de los pedales que recorren la National Cycle Network Route 7. Decido adentrarme por carretera hasta la ciudad de Callander, a orillas del río Teith. Todo aquí recuerda a una de la criatura literaria más famosa de Scott: Rob Roy McGregor, el Robin Hood escocés. Desde Callander, la A81 serpentea y desvela el Loch Venachar en el horizonte. Al fondo del valle, desde Aberfoyle y tras atravesar el Duke’s Pass, llego al Loch Katrine. Pocos lagos en Escocia son tan famosos: aquí nació y empezó sus correrías Rob Roy y fue donde Scott enmarcó un poema, *La dama del lago*, cuya publicación en 1810 batió todos los records de venta en poesía inglesa. Con estas obras Scott entronizó Escocia en la Meca del turismo durante el siglo XIX. Hasta hoy. En el embarcadero, el barco Sir Walter Scott calienta motores mientras una nutrida cola de pasajeros espera para surcar las aguas.

Conocido dónde se forjó el mito de Raibeart Ruadh –su nombre en gaélico–, se hacía inevitable, como también hiciera Scott, acudir a su última morada para mostrar mi

CON MUCHA CLASE

1. The Cameron Grill, restaurante con vistas a Loch Lomond, en Cameron House Hotel, del ‘estrellado’ chef Martin Wishart.

2. La torre medieval de Smailholm, en Sandyknowe, lugar en el que se encontraba la granja del abuelo de Scott, a la que fue enviado tras quedarse cojo debido a la polio en 1773.

3. Exterior de Stobo Hotel, que presume de spa y tratamientos de belleza, así como de un descontextualizado pero bello jardín japonés.

4. Una de las señoriales salas de Stobo Hotel.





A VISTA DE PÁJARO
Aeroplano amarillo de Loch Lomond Seaplanes, en Loch Lomond, el mayor lago de agua dulce de Gran Bretaña. Sin duda el modo más impresionante de descubrir la región.



COLORES DE ESCOCIA
Loch Achray, un pequeño lago de agua dulce situado entre Loch Katrine y Loch Venachar, en el corazón de la región de The Trossachs & Loch Lomond, al norte de Glasgow.



respetos. Su tumba está en Balquhider, a orillas del Loch Voil. Cuando llego, la luz del mediodía hace relucir una rosa blanca recién cortada. Dormita sobre la losa junto a unas monedas. El pelirrojo *highlander* se habría echado unas risas si le hubieran asegurado que, tras su muerte, los viajeros dejarían unas monedas al paso de su tumba. Yo, por si las moscas, dejo unas libras como ofrenda. Siguiendo la ribera del Loch Doine, la carreterita muere a las puertas de una de las coordenadas gastronómicas de la zona: Monachyle Mhor Restaurant. Un delicioso broche por las tierras de Scott y Rob Roy, esas que aún me brindarían un último regalo: la cima del Beinn an t-Sidhean coronada por la niebla, el bosque vestido de dorados, verdes y rojos... ¿Un tributo por las libras, Rob? Recuerdo entonces una cita del libro *Écosse: Pierre, vent et lumière*, de Nicolas Bouvier: “Me habían dicho y redicho que los paisajes de Escocia se encontraban entre los más bellos del mundo, pero no me habían dicho que era la luz, y no la geología, la que hacía todo el trabajo, iluminación cambiante inimaginable que en un día crea más imágenes mágicas de las que el ojo pueda absorber”. Ya fuera una suerte de sugestión o uno de esos espejismos escoceses, durante un instante me pareció identificar en la ladera dos figuras familiares: la primera, con el *kilt* de los montaraces y un bonete azul domando una cabellera bermeja ascendía como un gamo la pendiente; la otra, cojitranca pero con paso firme, le seguía junto a un bull-terrier. Un segundo, un guiño luminoso y las dos figuras fueron engullidas por un sudario de niebla. Así es Escocia, realismo mágico, una deliciosa ensoñación novelesca.

Cuaderno de viaje

CÓMO LLEGAR

A una hora en coche de los Scottish Borders, el aeropuerto de Edimburgo es la mejor opción para adentrarse en las tierras de frontera. Si la ruta se inicia desde The Trossachs, nada como el aeropuerto de Glasgow Prestwick. Jet2.com vuela directo a Edimburgo y Glasgow (desde Alicante, Mallorca, Málaga, Menorca, Murcia, Ibiza y Reus) y, solo a Glasgow, desde Barcelona, Tenerife y Lanzarote. Por su parte, Ryanair (www.ryanair.com) vuela a Edimburgo desde Barcelona, Benidorm, Málaga y las Canarias. Easyjet (www.easyjet.com) conecta Madrid y Edimburgo y Palma de Mallorca con Glasgow, mientras que Vueling (www.vueling.com) hace lo propio entre Barcelona y la capital escocesa.

DÓNDE ALOJARSE Y COMER

The Roxburghe Hotel (Heiton, by Kelso, Roxburghshire, tel. +44 (0) 1573 450331; roxburghe-hotel.net; HD: desde 300€). A un paso de Kelso, la joya de los duques de Roxburghe rezuma una arrebatadora atmósfera *scottish*: 22 acogedoras habitaciones, campo de golf diseñado por Dave Thomas, su restaurante, capitaneado por el chef Albert Roux (tres platos desde 40€)...

Stobo Hotel (Stobo, Peebleshire, tel. +44 (0) 1721 725300; stobocastle.co.uk; HD: desde 356€). Un remanso de paz en los Borders –el jardín japonés que hay a sus pies es como hacer un viaje a Kioto–; y de lujo sensorial: gran repertorio de masajes y tratamientos en su spa.

Cameron House (Loch Lomond, Dunbartonshire, tel. +44 (0) 1389 755565; qhotels.co.uk; HD: desde 600€). Es, en sí mismo, un destino en The Trossachs.

Uno de sus grandes alicientes es la propuesta gastronómica del reputado chef Martin Wishart (menú degustación de seis platos: 80€), aunque no se quedan atrás los 18 hoyos de su The Carrick on Loch Lomond o la *infinity pool* de su spa, con la cima del Ben Lomond en el horizonte.

The Gleneagles Hotel (Auchterarder, Perthshire, tel. +44 (0) 1764 662231; gleneagles.com; HD: desde 608€). En la campaña de Perthshire, es uno de los mejores hoteles de Escocia desde 1924. Al mando de su restaurante, con dos estrellas Michelin, se encuentra el chef Andrew Fairlie. La Ryder Cup 2014 se celebró aquí y destaca su magnífico The Spa by ESPA. Más información: www.visitbritain.es; www.visitscotland.com/es; y www.luxuryscotland.co.uk.



